

*Un episodio poco divulgado de la Historia del*

# **MUNICIPIUM SAGUNTINUM**

**Por D. Pío Beltrán**

Comisario de Excavaciones de Sagunto

La historia de la humanidad se fue haciendo mediante tradiciones orales o por escritos de los que, o fueron testigos de los hechos o que oyeron los relatos de otros testigos. Es cosa universalmente sabida que los relatos verbales disfiguran los hechos, aun suponiendo la absoluta buena fe de los referentes; añádase la tendencia involuntaria de los tradicionalistas o de los escritores a ensalzar lo que está de acuerdo con sus convicciones o con sus conveniencias y tendremos, en muchos casos, una historia desfigurada, aun sin contar con una posible mala fe de los que la escribieron.

Además, la historia la escribieron siempre los vencedores, y si alguna vez nos llegan los relatos de los vencidos, en nada se parecen a los otros. Léase cualquiera de los diarios patrióticos que se publicaron durante la guerra de España contra Napoleón y podrá ser observada la deformación, si se quiere involuntaria, de los hechos relatados.

Todas las epopeyas nacionales son unilaterales, y aparte de que la tradición y el patriotismo las convierta en artículos de fe, el espíritu crítico de los lectores encuentra falta la controversia, aunque sea para contrastar la epopeya ensalzada por los patriotas con lo que de ella pensaron los contrarios. Para los que hemos nacido en Aragón, y allí nos hemos criado, las narraciones nacionales sobre las defensas épicas de Zaragoza en los años 1808 y 1809, han sido verdaderas epopeyas magníficas, empañadas en algunas ocasiones por torpezas e injusticias que ni el más apasionado escritor pudo disimular. Si llega a nuestras manos un dietario escrito por un oficial consciente y desapasionado del ejército napoleónico, la epopeya no palidece, pero se ven muchos aspectos olvidados por los nacionales que aclaran la situación de una ciudad que se suicidó gloriosamente esperando una liberación que no podía llegarle.

En la guerra entre romanos y cartagineses nos faltan, en absoluto, los archivos de Cartago y nos tenemos que contentar con la versión romana de los hechos. En dichos relatos, no todo son glorias y victorias, pero siempre se tiende a justificar actitudes y a relatar casos de ejemplaridad aplicadas según su criterio.

De la epopeya saguntina, en su lucha contra Aníbal, nos han quedado los relatos romanos y sobre ellos fue hecha una historia gloriosa transfigurada en las versiones literarias posteriores; pero, ¿cuál fue el verdadero origen del ataque cartaginés contra la ciudad? No olvidemos que Sagunto estaba en la zona que los tratados habían puesto bajo la influencia de Cartago, y así no nos extrañará que algún autor atribuya la intervención de Aníbal a la petición de arbitraje por parte de uno de los bandos que había en la ciudad.

Otros nos hablan de los vejámenes que los turbuletas sufrían de los saguntinos y de su petición de remedio a los cartagineses, volviendo de nuevo la posibilidad de la intervención de Aníbal, aunque solamente fuera como pretexto para arbitrar un arreglo entre dos poblaciones indignas de

su zona que estaban en pugna.

Pero nada sabemos de los verdaderos motivos de esta lucha entre pueblos próximos ni de los verdaderos designios de Cartago al decretar la conquista de Sagunto. Es fácil (y cómodo) pensar en una lucha entre los dos pueblos vecinos por el aprovechamiento de las aguas de su río; es lógico suponer que Aníbal, en su marcha contra Roma, no quisiera dejarse atrás una situación estratégica en manos de enemigos o aliados de los romanos. Los archivos cartagineses no existen y no podemos aclarar estos puntos.

Otro punto oscuro es quiénes fueron los turbuletas; la homofonía ha hecho buscarlos en Teruel, y cuando la mucha distancia desde esta ciudad a Sagunto ha hecho considerar como imposible tal solución, se ha pensado en los de Torres-Torres por análoga homofonía sin pruebas de que así fuera. Lo único que parece seguro es que eran vecinos de los saguntinos y probablemente del mismo valle de su río.

Sagunto se defendió lo que pudo, se suicidó como otras muchas ciudades antiguas, parte de sus ciudadanos se salvaron, sus enemigos ocuparon la ciudad y aprovecharon muy pocas de sus riquezas, y la marcha de la guerra en Italia motivó su pronta liberación por Escipión y la constitución del Municipio Saguntino, cuya restitución proclaman dos lápidas insignes del Museo, a dicho caudillo dedicadas.

Después, solamente sabemos la glorificación que los romanos hicieron con la ciudad mártir, la alianza entre romanos y saguntinos y muy poco más a través de las historias.

Si algo más se sabe de Sagunto es por sus monumentos, por sus inscripciones y por sus monedas.

Pero desde la destrucción y restauración de Sagunto, hasta el final del imperio romano, pasaron más de seis siglos y, de todo ese tiempo, apenas quedan algunas referencias que caben en muy pocas líneas. En cuanto a los monumentos, antigüedades, lápidas y monedas siempre hay dudas muy graves sobre su cronología. En los tiempos en que era fácil escribir sin temor a ser desmentido, se habló y escribió sobre restos de monumentos púnicos en Sagunto; nadie los ha visto ni puede creer tal aserto, aunque los haya ocultos no sé donde. Los monumentos conocidos son, en general, de la época imperial romana.

Cuando Plinio cita el famoso templo de Diana respetado por Aníbal y dice que estaba fuera de la ciudad, lo único que indica (aparte de sus famosos vigas de enebro) es que no estaba con lo alto de la colina donde radicaba en su tiempo el famoso y glorioso municipio saguntino. Las fantasías, ideadas para situar dicho famoso templo, son inconsistentes. Las lápidas de los «Cultores Dianae», conservadas en el Museo Arqueológico de Sagunto, son sumamente posteriores. Los más antiguos restos que se conservan de un templo saguntino anterior al imperio romano son las metopas con bucránias y rosetones y una basa con fuste de columna que proceden de la parte baja. Si no son de un templo respetado por Aníbal, son de un inmediato sucesor, o por lo menos, de uno muy antiguo.

Por un trozo de friso y algunas lápidas, se sabe que el foro romano del municipio saguntinos estuvo en la plaza de armas del castillo en que fue construido (o mejor restaurado), porque los fragmentos conocidos no lo especifican, en tiempo de Tiberio. Los demás monumentos conocidos, total

o parcialmente destruídos, tampoco llegan a la época republicana.

De las lápidas latinas, tan sólo conozco dos que sean anteriores a la época imperial.

De los vasos saguntinos ensalzados por Plinio que los comparó con los de Corinto sólo sabemos que la tradición alfarera que tuvo toda la región y que produjo los maravillosos vasos que hoy llamamos ibéricos, estuvo vinculada principalmente en Sagunto, aunque sólo nos hayan llegado fragmentos. Pasaron los tiempos en que siguiendo al conde de Lumiares eran llamados saguntinos los vasos de barro con pasta y barniz rojo (como lacre) pero es completamente seguro que las fábricas saguntinas produjeron también dicha clase de cerámica. Cuando Marcial, que vivió en tiempo de Domiciano, desdeñaba los vasos groseros de Sagunto, no se refería a los que hoy se llaman «terra sigillata», sino a las últimas degeneraciones de los «vasos ibéricos», pues no podía menospreciar a los ensalzados poco después por Plinio. Los cálices que hicieron famosos a los alfares saguntinos pudieron ser los de paredes delgadas como «cáscara de huevo» que en Sagunto y en otras comarcas españolas han aparecido.

He dejado, de propósito, sin tratar de los vestigios indígenas que nos ha dejado Sagunto. Estos restos están constituídos por cerámica, lápidas y monedas.

La cerámica que podemos considerar indígena y puramente saguntina es la llamada vulgarmente *ibérica*, ¿cuándo comenzó y terminó en Sagunto? Los restos que conservamos no dan bastantes datos para aventurar por ahora teorías.

Las lápidas con caracteres ibéricos, o con estas letras mezcladas con nombres latinos, alcanzan tiempos muy antiguos, juzgado por la forma de algunos signos (sin que se pueda aventurar la fecha más remota) y llegan hasta el tiempo de Tiberio. Cualquiera hallazgo insospechado que puede presentarse en cualquier momento podrá servir para aclarar esta incierta cronología.

Llegamos, finalmente, a las monedas. Comenzaré por advertir a los lectores que tengo la convicción absoluta y muy justificada de que *no conocemos sino una parte muy pequeña de las emisiones monetarias saguntinas*. Los hallazgos (poco frecuentes) de monedas antiguas saguntinas demuestran que esta convicción es algo más que una mera suposición motivada por teorías propias.

Comienzan las monedas saguntinas con piezas de plata, y de ellas parecen las más antiguas las que tienen el busto de una diosa (que pudo ser la que luego asimilaron a Diana) y del otro lado una leyenda con caracteres ibéricos muy antiguos puesta entre los radios de una rueda de tipo masaliota. La leyenda se pronuncia aproximadamente:

*ardseds-cen*

y se traduce (con seguridad) por (moneda) de los de Ardse y dice que la ciudad indigna se llamaba *Ardse*, como aparece en muchas de sus monedas posteriores. Esta moneda pudo alcanzar a tiempos anteriores a la jueña con los cartagineses, pero no lo sabíamos demostrar por ahora. Siguen muchas otras monedas de plata que se van ordenando cronológicamente con dificultad y en un momento que no se sabe precisar aparecen las monedas de bronce, tanto con el nombre de *Ardse* como con el de *Sagu* (roma-

nizado en Saguntum en algunas) como con los dos en unas mismas piezas. Esta circunstancia nos hace creer que hubo en Sagunto una *dipolis* análoga a la de Emporiva y que ambas partes de la ciudad hicieron en distintas épocas de los siglos II y I (sin saber precisar cuándo) monedas independientes o numerario conjunto hasta un momento que pudo coincidir con la batalla de Munda. Es muy posible que lo mismo que sucede con el *Municipium Imperial*. Después de la batalla de Munda ganada por César a los pompeyanos, el Municipio saguntino o su filial la parte indígena *Ardse* dejaron de acuñar monedas con caracteres ibéricos. Después, las monedas fueron puramente latinas; debieron ser fabricadas durante el imperio de Augusto y terminar con el de Tiberio, cuyo busto y leyenda ostentan.

Claramente aparece mi incompetencia para aventurar cronologías de monedas antiguas saguntinas si no es con muy pocos puntos seguros y muy distanciados. Me aparto, de momento, de seguir a ilustres numismáticos del pasado siglo (y del presente) que han barajado cronologías sobre las monedas conocidas. No me atrevo a fijar fechas, y ni siquiera períodos de acuñación de las piezas conocidas, salvo cuando ellas mismas están diciendo claramente de qué tiempos son.

Dentro del período de coalición de saguntinos con romanos y al cesar las emisiones ibéricas de plata fueron acuñadas grandes ases de bronce de tipos muy característicos tienen por un lado un puesto de Roma con su casco igual que aparece en los denarios metropolitanos y del otro lado una proa de nave como en los ases de la república romana. Junto a la proa de nave (de tipos muy variados) hay un *caduceo* cuya procedencia o significado desconozco, y en ambas arcas aparecen los nombres de *Ardse de Saguntum* o del *Municipium Saguntinum* o de *Sagu* mezclados con los nombres de los magistrados indígenas y romanos que autorizaron las emisiones.

Durante las guerras petorianas hubo un intento de conceder autonomía a los indígenas, y las monedas lo demuestran de muchas maneras. En Sagunto aparecieron entonces dos ases de menor tamaño que los de la nave que tienen en los reversos un jinete típico acompañado del nombre *Ardse* con letras ibéricas y en el anverso una cara ibérica de mal arte mirando hacia la derecha o hacia la izquierda y detrás un *caduceo* como en los ases mayores. Ya Vives, atendiendo a un criterio estilístico, afirmó que había muchos ases grandes con nombres latinos que eran más antiguos que estos ibéricos, y a mi parecer estuvo en lo cierto.

Otras monedas pequeñas con letreros ibéricos (cuadrantes o cuartos de *as* y otras más menudas) pusieron como tipos de un lado un «pecten» o concha (verera de Santiago o concha de peregrino) y en el otro un delfín tal como aparecen en el famoso capitel del Museo Arqueológico de Sagunto. Estos tipos vinieron con seguridad de unas pequeñas piezas de plata de tarento que circularon por todo el Mediterráneo, y pasaron a ser algo como los emblemas de las piezas pequeñas de Sagunto, que antes tuvieron el mismo «pecten» combinaron con una proa de nave al estilo romano.

Como puede verse por este resumen, poco e indeciso es lo que yo puedo afirmar sobre las monedas de Sagunto.

Sirva esta larga digresión o introducción para poder presentar y justificar con pocas líneas que en realidad constituyen mi trabajo.

Será necesario comenzar por copiar algo de historia según los anales de Tito Livio y las obras de otros escritores.

En la primavera del año 56 antes de J. C., los triunviros César, Pom-

peyo y Craso se reunieron en Luca y convinieron en que César siguiera mandando en las Galias, que Pompeyo Magno tuviera el consulado del año siguiente y el mando de las dos Hispanias por cinco años y que Craso tuviera el mando de la Siria y de la guerra contra los Parthos. Como Catón se opusiera a la Ley que ordenaba tal decisión fue encarcelado por Cayo Treborio, tribuno de la plebe y autor de la Ley.

Cneo Pompeyo Magno (padre) se quedó en Roma y mandó a sus lugartenientes Afranio y Petreyo. A este periodo pertenece una lápida del Museo Arqueológico de Tarragona que le fue dedicada por la colonia Tarraconense y que después, cuando cayó en desgracia, fue utilizada para poner en su dorso una dedicatoria a un P. Mucius Scaevola.

En el año 49 antes de J. C. gobernaban por Pompeyo sus lugartenientes Afranio en la Citerior, Petreyo en la Lusitania y Vamón en la Bética.

No interesa copiar la gran guerra que dicho año 49 hizo César contra los lugartenientes de Pompeyo y que culminó en la famosísima campaña de Lérica. El resumen de Tito Livio sobre esta materia (no se conoce el texto) dice así:

«Cayo César... marchándose a España aceptó junto a Lérica la rendición de Lucio Afranio y Marco Petreyo, legados de Pompeyo en siete legiones y no dejó ir a todos incólumes; sometió también a Vamón legado de Pompeyo con su ejército, concedió la ciudadanía a los gaditanos.»

Antes de esta fecha, Metelo había concedido la ciudadanía romana durante su estancia en España (80-72 antes de J. C.) al saguntino Q. Fabio.

Muerto Pompeyo padre, sus hijos Cneo Magnus Imperator y Sextus tomaron las armas contra los cesarignos. En la primavera del año 46 (antes de J. C.) llegó Cneo Pompeyo (hijo) a Cartagena y allí debieron ser acuñados los denarios de plata que celebran su desembarco. La ciudad festejó su llegada con unas monedas de bronce que fueron la cabeza de Pompeyo (padre), un trofeo (el nombre de Cneus) Imperator y el de Minabi Sabino.

La historia titulada «Bellum Hispaniense» relata la guerra que César llevó a cabo contra los hijos de Pompeyo en el año 45 en la provincia Bética y que culminó en la famosa batalla de Munda, seguramente Montella.

Al narrar esta campaña citan los autores varias veces a Sagunto; algunas tan sólo que César pasó por esta ciudad como cuando Orosio dice que «Saliendo (César) en seguida para España contra los hijos de Pompeyo a los diecisiete días de viaje llegó a Sagunto e inmediatamente llevó a cabo una serie de acciones contra los dos Pompeyos, Labieno y Ateo Varo con diversa fortuna. La última batalla tuvo lugar junto al río Munda» etcétera.

En las operaciones junto a Córdoba y luego contra Ategua (se supone que estuvo donde hoy Teba la Vieja) y Ucubi (Espejo). Cneo Pompeyo puso su campo entre cuatro ciudades y César un puesto de guardia en Castra Postumiana que era un cerro situado a cuatro millas del campamento de Pompeyo. Atacó Cneo el citado montículo Castra Postumiana y César fue a socorrerlo con tres legiones y los derrotó cogiendo prisioneros y otros huyeron abandonando las armas y recogiendo de ellos ochenta escudos.

Dice el «Bellum Hispaniense (Cap. 10, 1.º): *"Insequenti luce Arquetius ex Italia cum equitata venit. Is signa Saguntinorum settalit quingue quae ab oppidanis cepit"*.

El traductor de las «Fontes Hispaniae Antiquae», T. V., dice así: «Al

día siguiente llegó Arquecio de Italia con caballería. Trajo éste cinco estandartes que había tomado a los saguntinos.»

¿Dónde les tomó los estandartes, en Sagunto o en el campo de batalla? Para nuestro objeto es indiferente el lugar donde los consiguiera Sehulten en sus comentarios (Fontes V, pág. 130) interpretó este ambiguo pasaje en la forma siguiente: «Aronetió pasando por Sagunto, había tomado a los Saguntinos que parece enviaron tropa a los pompeyanos (cinco banderas).»

Independientemente de que las banderas fueran tomadas junto a Sagunto (como parece ser) o que tal captura estuviera en relación con la es aramuza del día anterior, el caso es que los de Sagunto eran del partido de Cneo Magno (*adulescens*), hijo de Pompeyo, que fue vencido por César junto a la ciudad de Munda el día 15 de marzo del año 44 antes de Jesucristo. Poco después moría Cneo Pompeyo, hijo, junto a Carteya (Torre de Cartagena) sobre el río Palmones (en la bahía de Algeciras) en circunstancias que no interesa para nuestro objeto.

Se deduce de los datos consignados que en el año que va desde la primavera del año 46 a la del año 45, los saguntinos, y durante algún tiempo de ese año, fueron pompeyanos y que sencillamente por adhesión al hijo mayor del gran Pompeyo, o porque este Pompeius *Adulescens* estuviera en Sagunto, los habitantes de la ciudad lo celebraron, le dedicaron con toda seguridad lápidas, que no han aparecido, y acuñaron monedas con su nombre, una de las cuales conozco.

Pertenece esta moneda a don José Iriarte, selecto numismático de Madrid. Es de pequeño módulo, muy gruesa, de aspecto muy burdo y muy distinta de las otras hispanas de la época. Su propietario, que es un sagacísimo conocedor, vio inmediatamente (hace unos años) que la moneda era de Sagunto y consultó conmigo sobre ella.

La monedita tiene en uno de los lados un caduceo con sus alitas y a los lados el nombre C. N (Cus) y alguna letra más, de M(ag-nus-) o de Imperatos. En el otro lado tiene un *pecten* y las letras M. SAG (splas del M Municipium) Sag(untimun) o Sag(untinorum).

No hay duda ninguna en la atribución, tanto más cuanto que los tipos son símbolos o tipos propios de las monedas de Sagunto.

Es de suponer que la moneda (hasta la fecha única conocida) no fue la única acuñada en aquella ocasión y que algún día podrán aparecer otras de mayor tamaño y más completas.

No es el único caso de haber aparecido solamente la moneda pequeña. De las acuñadas en Cartagonova con motivo del desembarco de Cnes Pompeius Cnei filius Magnus Imperator, hijo del Gran Pompeyo, en la primavera del año 46, tampoco se conocen sino piezas pequeñas algo mayores que ésta, más normales en su estructura y más abundantes.

Queda con esto cumplido mi propósito de ilustrar mediante una moneda y una noticia poco llamativa uno de los acontecimientos de la historia del Municipio Saguntino.

Para terminar con esta materia advertiré que la batalla de Munda señala el momento seguro en que César suprimió en la Citerior la acuñación de monedas de bronce con caracteres ibéricos y quizá la administración semiautónoma de las acuñaciones locales. Si Sagunto fue Pompeyana, le hubo de llegar obligadamente la reforma monetaria como le llegó en aquel mismo momento a Ampurias, donde César añadió a la población griega de emporion y a la indígena de índica un cnesamento de soldados romanos que vivieron con los indígenas en la antigua ciudad alta, capital de los Indigentes